

JOSÉ ANTONIO MARINA



BIOGRAFÍA

DE



LA

INHUMANIDAD



*Historia de la crueldad, la sinrazón  
y la insensibilidad humanas*

Biografía de la inhumanidad representa la antítesis del libro anterior de José Antonio Marina. Mientras Biografía de la humanidad explicaba la historia de la evolución cultural (a través del desarrollo del arte, la política, las instituciones sociales, las religiones, los sentimientos y la tecnología), Biografía de la inhumanidad pretende explorar los mayores errores o crueldades de nuestra historia, y por qué en su momento estas acciones fueron llevadas a cabo o se aceptaron como una especie de destino implacable. Valiéndose de las herramientas intelectuales que proporciona la psicología, el autor nos ofrece un recorrido histórico-cultural por las principales maldades e indolencias que hemos cometido como especie «inhumana».

## Índice de contenido

Cubierta

Biografía de la inhumanidad

Invitación a una sensata desmesura

Introducción

Primera parte

1

2

3

4

5

6

Segunda parte

7

8

9

10

11

12

Epílogo

Apéndice

Bibliografía

Sobre el autor

Notas

A Francisco Martínez Soria, que apoyó este  
proyecto cuando solo era una idea vaga y  
megalómana

*Panóptico* es una palabra derivada de *pan* («todo») y *opsis* («visión»). Es el lugar desde donde se divisa el panorama entero, una cumbre desde la que se puede contemplar toda la experiencia humana recogida por la Historia y, con el método adecuado, aprender de ella.

## Invitación a una sensata desmesura

No soy historiador, pero recientemente me he convertido a la historia como antes me convertí a la filología, la neurología, la economía y el derecho. Tengo pues el fervor del policonverso, del que debo arrepentirme, aunque sin claro propósito de enmienda. La Historia me proporciona una *ilusión panóptica* a la que no quiero renunciar. He vivido su estudio como la dura ascensión a una montaña, desde la que veo un paisaje soberbio. Soberbio en sentido subjetivo, es decir, que me hace confiar en una sabiduría que sin duda no tengo. Soberbio también en sentido objetivo, por lo espectacular del paisaje. Ante mí tengo la experiencia de la humanidad, sus analogías y sus diferencias, sus avances y retrocesos, sus sorprendentes enlaces. En una nota a pie de página de su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Gibbon comentaba que el descenso en la demanda de pescado inglés, en 1328, se debió a la expansión del Imperio mongol. Le pareció «no poco caprichoso que las órdenes de un jan mongol, que reinaba en tierras fronterizas con China, pudieran haber reducido el precio de los arenques en el mercado inglés»<sup>[1]</sup>. El prestigioso historiador J. R. McNeill hace otra afirmación de apariencia extravagante en su *Mosquito Empires*: «La Gran Bretaña nació con la ayuda de las fiebres de Panamá»<sup>[2]</sup>. Ahora, escribe Conrad, esas conexiones no nos parecen tan extrañas, porque sabemos que el aleteo de una mariposa en China puede provocar un huracán en el Caribe<sup>[3]</sup>.

La presente obra es el resultado de una larga investigación, cuya conclusión adelanto para intentar contagiar al lector mi entusiasmo por el tema. Vista desde el Panóptico, nuestra historia no es un mero agregado de miríadas de hechos, de acciones realizadas por miles de millones de humanos durante más de dos millones de años, sino que es una *aventura metafísica*, me atrevería a decir si esta última palabra no asustara. La historia no tiene una finalidad, pero las acciones humanas sí, y por ello el resultado de la agregación de estas no es aleatorio. Lo que contemplo es el lento trabajo de una especie animal para separarse de sus humildes orígenes e irse definiendo a sí misma, sin saber que lo estaba haciendo, por el simple procedimiento de ir resolviendo los problemas que sus necesidades, sus expectativas y el entorno le planteaban. Esta es la historia del progreso humano, que en realidad puede interpretarse como una tenaz y a veces no consciente búsqueda de la felicidad. Este proceso se rige por lo que he denominado *Ley del progreso ético de la humanidad*.

El hecho de que la felicidad se haya puesto de moda y convertido en una industria ha acabado por trivializar la palabra, por lo que tengo que hacer ciertas precisiones antes de usarla. Como en otros libros, en este también distingo entre «felicidad subjetiva», que es una experiencia íntima, plural, esquiva, difícil de medir, el polo ideal e impreciso hacia el que tienden todas nuestras motivaciones, y «felicidad objetiva o política», que no es una experiencia, sino una situación social que ofrece a sus miembros recursos que favorecen su acceso a la felicidad privada, que es la que busca la inteligencia individual. Pero la interacción de multitud de inteligencias individuales buscando su felicidad produce violentos choques o, por el contrario, si la racionalidad se impone, un fenómeno de «ajuste», que llamamos «justicia», una situación en que todos los individuos pueden alcanzar la máxima satisfacción de sus pretensiones.



Los humanos tienen muchas necesidades y muchas más expectativas, y se empeñan en satisfacerlas. Llamamos «cultura» al sedimento de los resultados de ese afán que se transmite a la siguiente generación. No debemos verla como un archivo, sino como una caja de herramientas, una condensación de experiencias acumuladas que amplían nuestras posibilidades de acción, un «capital social» puesto a disposición de los ciudadanos para que lo inviertan en sus propios proyectos. Cada sociedad, en cada momento histórico, ofrece a sus miembros más o menos recursos, una cultura más o menos rica. En la actualidad nos preocupamos de medir la riqueza de las naciones, que no consiste solo en su Producto Interior Bruto, sino, además, en el nivel de bienestar, de oportunidades ofrecidas, de competencias alcanzadas, de capital social, en suma. Espero que alguien más cualificado que yo aplique esas mediciones de bienestar, de desarrollo, de capital social a toda la historia de la humanidad. Eso nos permitiría ver con más claridad el conmovedor progreso de nuestros antepasados y sus dramáticas caídas.

Pero esta línea de progreso se ve continuamente interrumpida por la emergencia de la atrocidad. La continuidad del proceso civilizador se rompe por cuñas descivilizadoras, por regresiones o colapsos<sup>[4]</sup>. Una y otra vez, emerge una ferocidad incomprensible. La anterior ley, que era luminosa, va acompañada de otra que resulta siniestra: la Ley de la regresión ética de la humanidad. Vivimos en precario, amenazados siempre por el caos. Hasta ahora, tras esos colapsos hemos recuperado la senda de la civilización. Pero nada nos asegura que ese poder de recuperación vaya a durar siempre.

¿Por qué no hemos sido capaces de librarnos de esa alternancia trágica? ¿Podremos hacerlo algún día? Mi convicción es que la respuesta a estas preguntas solo puede darla la *ciencia de la evolución de las culturas*, en la que estoy empeñado, y cuyos objetivos, fundamentación y metodolo-

gía expongo en un apéndice para facilitar al lector la entrada en el argumento.

Me mueve a escribir este libro la convicción, tal vez optimista en exceso, de que si comprendiéramos los mecanismos evolutivos que operan dentro de nosotros, podríamos tomar medidas para proteger nuestra vulnerabilidad y para acelerar la evolución que hasta ahora hemos hecho de forma espontánea y poco consciente. Pienso que tenía razón Spinoza al decir que la libertad es una necesidad conocida... si sabemos aprovechar ese conocimiento, es decir, si sabemos aprender de la experiencia. Vamos a ello.

# Introducción

## El punto de partida

### HISTORIA DE LA INHUMANIDAD

Los humanos, a pesar de nuestros indudables logros, no hemos conseguido liberarnos de la crueldad, del daño voluntariamente infligido, de las matanzas colectivas, las guerras, los genocidios. La atrocidad es un componente esencial de la cultura humana. Estamos tan acostumbrados a este hecho, que hemos perdido la capacidad de asombrarnos ante él, de escandalizarnos o de rebelarnos. Tal vez por aquella frase que se atribuye a Stalin: «Una muerte es una tragedia. Cien mil muertes son una estadística». La admiración por nuestra inteligencia implosiona al comprobar que la crueldad, la brutalización programada y el horror son también productos de esa inteligencia.

Los animales son feroces, pero no crueles. ¿A qué obedece esa sucesión de progresos y colapsos, esa incapacidad de evitar el horror? Hablar de un enfrentamiento entre el bien y el mal es demasiado abstracto. Creo que, por su desmesura, el estudio de la violencia extrema, de la crueldad masiva, puede revelarnos algunas claves de la evolución humana. En ella actúan mecanismos psicológicos individuales y sociales, estructuras institucionales, manipulaciones estratégicas que conviene explicar. Son comportamientos que, por su dimensión, crueldad o violencia, producen espanto. Desde el punto de vista legal se los denomina *crí-*

*menes contra la humanidad, crímenes de lesa humanidad, genocidios, limpieza étnica, asesinatos masivos*<sup>[1]</sup>.

Para intentar comprender adecuadamente esta pervivencia de la atrocidad vamos a iniciar una investigación genealógica, de acuerdo con el método de la ciencia de la evolución de las culturas. Partiremos del siglo XX, que es un resumen de lo mejor y lo peor, para remontarnos a los antecedentes que nos permiten entender este fenómeno.

## LAS ESPERANZAS FALLIDAS

El comienzo del siglo XX fue optimista. Se llama *Belle Époque* al periodo comprendido entre el final de la guerra francoprusiana en 1871 y la Primera Guerra Mundial. Las exposiciones universales de 1889 y 1900, celebradas en París, pueden servir de imagen publicitaria de ese momento, incluida la torre Eiffel. Europa vivía alegre y confiada. Había pasado un periodo de relativa paz. Las potencias se habían puesto de acuerdo en el reparto de África. Estados Unidos imponía la doctrina Monroe al resto de América. Muchos creían que el nuevo siglo traería más bienestar, crecimiento económico y progreso tecnológico<sup>[2]</sup>. Cundía la idea de que una nueva guerra era imposible. Y esa era la tesis del libro *La gran ilusión*, que fue publicado por Norman Angell en 1910, se tradujo a once idiomas y se comentó en las universidades. Años después, su autor ganó el premio Nobel de la Paz. Su tesis era sencilla y racionalmente irrefutable: la interdependencia financiera y económica de las naciones hace imposible una guerra, porque, si la hubiera, el vencedor sufriría tanto como el vencido, por lo que nadie sacaría ningún beneficio. En varias conferencias con el mismo título pronunciadas en Cambridge y en la Sorbona, lord Esher, presidente del comité de guerra encargado de reorganizar el Ejército británico, sostenía esa misma tesis: «los nuevos factores económicos prueban claramente la locura de la

guerra agresiva». Tenía razón, pero la locura estalló<sup>[3]</sup>. ¿Por qué se impone la irracionalidad? O más bien: ¿por qué la irracionalidad se viste de racionalidad y convence a muchos humanos? En ese mismo año —1910— el general germano Friedrich von Bernhardi escribió *Alemania y la próxima guerra*, un libro que tuvo gran influencia en su país. Los títulos de tres de sus capítulos resumían su tesis: «El derecho a hacer la guerra», «El deber de hacer la guerra» y «Potencia mundial o hundimiento». Era un ejemplo de las razones de la sinrazón que arrebató a las sociedades periódicamente<sup>[4]</sup>.

Hubo, además, iniciativas a favor de la paz. En agosto de 1898, Nicolás II, zar de todas las Rusias, había ordenado a su ministro de Asuntos Exteriores que hiciera un anuncio sin precedentes a los dignatarios que asistían a su corte: «La defensa de la paz general y una posible reducción del exceso de armamento que hoy es una carga para todas las naciones son ideales a los que todos los gobiernos deben aspirar». Propuso una conferencia internacional de paz, «una feliz apertura para el siglo que ahora empieza». Su propuesta fue acogida con vítores. La baronesa Bertha von Suttner, autora de la famosa novela *¡Abajo las armas!* y premio Nobel de la Paz en 1905, dijo que Nicolás era «una estrella nueva en el mundo de la cultura». En 1899 ciento treinta diplomáticos se reunieron en La Haya y, después de dos meses, publicaron unos documentos para hacer la guerra menos salvaje y quedaron en reunirse en 1907. El encuentro tuvo tanto éxito que decidieron verse de nuevo en 1914. Notable miopía. Ese año comenzaba la Gran Guerra<sup>[5]</sup>.

Las expectativas, pues, no se cumplieron. En 1922, Churchill, refiriéndose a los veinte primeros años del siglo, afirmó: «Hemos visto en todo el mundo, en un país tras otro, donde se había levantado una estructura organizada, pacífica y próspera de ciudad civilizada, recaer en una secuencia espantosa de quiebra, barbarie y anarquía». Para

Isaiah Berlin fue «el peor siglo que ha existido». William Eckhardt calcula que entre el año 1 d. C. y el 1500 murieron en conflictos armados 3,7 millones de personas. En el siglo XVI, 1,6 millones. En los siglos XVII y XVIII, 6,1 y 7 millones, respectivamente, y en el siglo XIX, 19,4 millones. En el siglo XX se alcanzó la cifra de 109,7 millones. Y las víctimas de la violencia política fueron sin duda más. Nos fijamos especialmente en las dos grandes guerras, pero en contiendas menores ha muerto tanta gente como en las conflagraciones mundiales. Entre 1900 y 1985 hubo alrededor de 275 guerras<sup>[6]</sup>.

Esta es nuestra situación. El siglo XX ha presenciado dos guerras mundiales, genocidios, trágicos desplazamientos de población, hambrunas políticamente provocadas, guerras civiles, crueldades perpetradas entre vecinos. Las líneas de progreso son interrumpidas por desplomes terribles. Ante este repetido ciclo de creación y destrucción, surgen las preguntas de este libro: ¿qué es lo que hay que explicar: la paz o la guerra, el progreso o la catástrofe? ¿La paz es una pausa en una situación bélica permanente o es la atrocidad la que es una anomalía en la búsqueda de la paz? Platón calificó la paz como un paréntesis en la actividad humana<sup>[7]</sup>. Tenemos muchas historias de la guerra, pero pocas de la paz. ¿Acaso no nos interesa? La atrocidad es muy vieja y se repite con monotonía. Lo que me inquieta es precisamente su permanencia recalcitrante. Los médicos nos dicen que todos tenemos en nuestro organismo virus dormidos que se activan cuando las circunstancias les son propicias. Los genetistas explican que en nuestro genoma hay genes que solo se expresan cuando el entorno lo provoca. ¿Ocurre algo parecido con la ferocidad humana? Son preguntas que dirigimos a la Historia, porque solo ella puede contestarla, si es que en algún caso tienen respuesta.

Para acotar un inmenso campo de la evolución cultural voy a centrarme en cuatro aspectos terribles de la historia

reciente: la guerra total, la implicación de los ciudadanos en los genocidios, las hambrunas por causas políticas y las violaciones sexuales como arma de guerra. Tienen aspectos nuevos, pero reproducen agrandados ritos ancestrales de muerte y destrucción. Después de buscar respuestas en la historia, en el último capítulo volveremos a retomar esos hechos terribles para aplicar a su interpretación lo descubierto.

## LA GUERRA SIN LÍMITES

Se ha acusado al siglo XX de haber inventado la «guerra total», en la que no hay distinción entre combatientes y civiles, entre guerreros y niños, mujeres y ancianos, en la que se puede matar a distancia, sin riesgo alguno. Es cierto que la guerra ha ampliado su dimensión a medida que los Estados iban militarizando a su ciudadanía con el servicio militar obligatorio, es decir, cuando el ejército pagado por un monarca se convirtió en «el pueblo en armas», pero la idea de que hubo en alguna ocasión guerras puras —aquellas en las que solo morían los combatientes, se protegía a la sociedad civil y representaban un choque espiritual y no físico— es una falsedad, como tendremos ocasión de ver.

Gwynne Dyer, en su historia de la guerra, comenta la variedad de las formas de matar y la monotonía del fenómeno destructivo:

Los habitantes de Dresde o Hiroshima en 1945 no sufrieron peor destino que los ciudadanos de Babilonia en el año 689 a. C. cuando la ciudad cayó ante Senaquerib de Asiria, quien se jactaba así: «Arrasé la ciudad y sus casas desde los cimientos hasta los techos, las destruí y las hice consumir por el fuego. Tiré abajo y removí los muros internos y externos, los templos y zigurats construidos con ladrillos. Y luego destruí Babilonia, aplasté a sus dioses y masacré a su gente. Arranqué su